

Hacia un espacio literario autónomo en el exilio: María Teresa León por las rutas de *Doña Jimena Díaz de Vivar* (1960) y *Las peregrinaciones de Teresa* (1950)

María Carrillo Espinosa¹

Resumen. La obra escrita durante el periodo argentino de María Teresa León forma parte del corpus literario del exilio republicano con rasgos en común a éste como el fondo de melancolía o las evocaciones poéticas alrededor de las nociones de olvido y memoria. Llama la atención, sin embargo, la insistencia de la escritora burgalesa en las rutas exílicas de sus personajes. Más allá del recuerdo del lugar de origen o del destino final del viaje, el itinerario en sí mismo cobra un papel central en sus figuraciones literarias que conectan los desplazamientos geográficos con aquellos imaginados. Destaca en este sentido la inclusión de la perspectiva femenina, como en la novela *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes* (1960) o en la recopilación de relatos *Las peregrinaciones de Teresa* (1950), obras que retratan el papel de las mujeres exiliadas en las sociedades de acogida, así como su interacción con sus circunstancias itinerantes. Con la finalidad de profundizar en la temática del viaje exílico en clave femenina, el siguiente estudio ofrece una reflexión a propósito de estos dos textos de León escritos en Argentina con especial interés en las voces de las mujeres exiliadas. La perspectiva que guiará la discusión será la interrelación de los personajes femeninos con las rutas exílicas bajo la hipótesis de que la puesta en duda de la capacidad de acción de las mujeres en el exilio desemboca en la proyección de un espacio literario autónomo abierto a la creación de caminos alternativos.

Palabras clave: María Teresa León, exilio español republicano, rutas exílicas, mujeres exiliadas.

[en] Towards an autonomous literary space during the exile: María Teresa León through the routes of *Doña Jimena Díaz de Vivar* (1960) and *Las peregrinaciones de Teresa* (1950)

Abstract. The work written during the Argentine period by María Teresa León is part of the literary corpus of the republican exile with common characteristics such as the melancholia or the poetic evocations around the ideas of oblivion and memory. However, the insistence of the writer from Burgos on the exile routes of her characters is striking. Beyond the memory of the place of origin or the final destination of the journey, the itinerary itself plays a central role in her literary figurations that connect geographical displacements with those imagined. In this sense, the inclusion of the female perspective stands out, as in the novel *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes* (1960) or in the compilation of stories *Las peregrinaciones de Teresa* (1950), works that portray the role of exiled women in the host societies, as well as their interaction with their itinerant circumstances. With the purpose of deepening the theme of the exilic journey in a feminine perspective, the following study offers a reflection on these two texts by León written in Argentina focused on the voices of exiled women. The approach that will guide the discussion will be the interrelation of the female characters with the exilic routes under the hypothesis that the questioning of women's capacity for action in exile leads to the projection of an autonomous literary space open to the creation of alternative paths.

Keywords: María Teresa León, Spanish Republican exile, exile paths, exiled women.

Sumario. 1. Introducción. 2. *Las peregrinaciones de Teresa*. 3. *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes*. 4. Conclusiones.

Cómo citar: Carrillo Espinosa, M. (2022) Hacia un espacio literario autónomo en el exilio: María Teresa León por las rutas de *Doña Jimena Díaz de Vivar* (1960) y *Las peregrinaciones de Teresa* (1950), en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 51, 67-74.

¹ C.R.I.T. Université de Franche-Comté.

Correo: maria.carrillo_espinosa@univ-fcomte.fr

1. Introducción

Las rutas del destierro están pobladas de relatos personales y colectivos. Contar es una de las necesidades más apremiantes cuando las experiencias actuales se funden y se confunden con los recuerdos de un lugar que ha sido vedado. Dividido entre tiempos y espacios irreconciliables, el exiliado cuenta su historia para que ésta no se pierda, por lo que narrar se vuelve una manera justificada y legítima de reafirmar su propia identidad. Afirmar la identidad es crucial cuando no se tienen cerca instituciones que la documenten –los archivos nacionales no siempre tienen lugar para los deserrados– o también cuando el público que se quisiera alcanzar está en otra parte u otro tiempo. Así pues, la escritura exílica busca dejar una huella de su autor, de sus compañeros de viaje y, no menos importante, de los saberes adquiridos en el destierro.

Junto con el proyecto de afirmar la propia identidad, los relatos del exilio llevan consigo la intención de compartir las revelaciones que tienen lugar durante un periplo particular: carente de certidumbres sobre el tiempo de estadía en cada sitio y sin pistas sobre la fecha de retorno. Este estado de incertidumbre propicia que, de la mano de la nostalgia por la patria perdida, el exiliado atraviese una serie de transformaciones capaces de modificar su visión del mundo. En “Decálogo del exilio” Angelina Muñiz-Huberman plantea que la creación literaria en el destierro implica atravesar un proceso previo de reconstrucción. El exilio, para la autora hispano-mexicana: “es una condena a no permanecer en quietud. A escuchar el sonido de los recipientes rotos. A aprender a construir una nueva vida con los fragmentos salvados” (Muñiz-Huberman, 1999: 88). Una vez descartadas las creencias anteriores, el exiliado descubre nuevas significaciones escondidas en las distancias geográficas y culturales que en un principio le atormentaban. Es entonces cuando la condición exílica deja de ser una mera circunstancia biográfica para transformarse en una fuente de creación –única y obligada–, puesto que la imposibilidad de retorno a la patria, junto con los “recipientes” que la contenían, hace de la reinención epistemológica el único camino posible. Aparecen una y otra vez temas en común, como la memoria, el olvido, la nostalgia, la errancia o la identidad desdibujada. Sin embargo, estos temas comunes son objeto de una amplia variedad de formulaciones, en la medida en que cada escritor esbozará en su obra una respuesta a las inquietudes enfrentadas durante su propia trayectoria exílica.

Con especial interés por retratar el viaje en sí mismo, sin ilusiones acerca del retorno, María Teresa León (Logroño 1903- Madrid 1988) dedica numerosos textos a las vivencias que acontecen en el destierro. Los personajes principales son mujeres que padecen una situación marginal por partida doble: de exilio político y también de exilio social. Sin embargo, lejos de conformarse con una escasa capacidad de acción, estos personajes denuncian en voz de la autora sus condiciones desfavorables y construyen caminos en los que les es posible conducirse con libertad. Dicha representación del exilio en clave femenina ha llamado, con justa razón, la atención de la crítica literaria. Con ecos del feminismo militante ejercido por la autora desde los inicios de su trayectoria intelectual, anterior incluso a la reivindicación de los derechos de las mujeres que tendrá lugar en la Segunda República, el discurso de León pone de manifiesto su inconformismo frente a la relegación de las mujeres a los espacios privados (Castillo Robles, 2020; Varela, 2011; Vosburg, 2005). Durante más de dos décadas de exilio en Argentina, de 1940 a 1963, León continuará con esta lucha sirviéndose de la escritura literaria. En cuanto al feminismo en su obra, los estudios críticos concuerdan en que sus personajes femeninos poseen un mundo interior más complejo que aquel denunciado en su lucha social. La toma de consciencia de las desventajas de la condición femenina es apenas el inicio de un proceso que culmina en la rebelión y en la manifestación de su inteligencia (Marcellas Piquer, 2007). Sin embargo, este paso del anonimato a la esfera pública no siempre es alcanzado, de ahí que la autora también se dedique a dar voz a mujeres de diferentes épocas y latitudes que han quedado relegadas en los márgenes del discurso histórico oficial (Martínez García, 2013).

Otro aspecto de su obra que ha llamado la atención de la crítica es su estilo narrativo cargado de recurso líricos que lo acercan a la prosa poética (Estébanez Gil, 1995; Torres Nebrera, 1996; Rodrigo, 1996). Si bien el lirismo como parte central de su narrativa estaba en ciernes en sus primeros cuentos, éste encuentra su máxima expresión en la madurez creativa alcanzada durante el periodo bonaerense (Herrera, 2016). En los textos de esta época, las figuraciones literarias a propósito del exilio –a saber, el viaje, la espera, la soledad, por mencionar sólo algunas– aparecen rodeadas de recursos estilísticos que recrean la confusión espacio-temporal característica del destierro. Por ejemplo, la secuencia de sucesos históricos pierde el orden cronológico de forma tal que una noche representa todas las noches o ninguna en particular. En seguida, esta imprecisión del devenir temporal trastoca la percepción del espacio y así los lugares narrados se convierten en laberinto, pues estos permanecen suspendidos en la memoria y terminan por mezclarse entre sí.

A primera vista parecen distantes estos dos aspectos que destacan en la obra de León. Uno social y militante, como lo es la denuncia de las condiciones desfavorables en las que se encuentran las mujeres. Frente a otro de corte estilístico cuyas imágenes líricas retratan el paso del tiempo. Sin embargo, ambos elementos están

profundamente vinculados con la visión del exilio en clave femenina. ¿Cuál es la relación entre el exilio, el tiempo y la feminidad? En un ensayo publicado en la revista *Sur* en 1947, “A propósito de Grandeza y servidumbre de la mujer”, María Zambrano esboza una hipótesis sobre la especificidad del pensamiento femenino en el exilio y centra su atención en la forma de aprehender el tiempo. Zambrano argumenta que la mujer no tiene una noción clara del tiempo lineal, pero esto, lejos de ser una desventaja, esconde el privilegio de lograr capturar el tiempo presente. Sin antes, ni después, el presente logra concentrarse en la dimensión del instante, reflejo, a su vez, de la eternidad (Zambrano, 1947: 63). Esto implica que, según la pensadora andaluza, las mujeres en el exilio renuncian sin mayores dificultades a medir el paso del tiempo como una secuencia lineal y lo recorren según su propio ritmo. Si bien el ensayo de Zambrano esboza estas ideas sobre pensamiento exílico de forma poética y no concluyente, esta correlación establecida entre lo femenino y la temporalidad ofrece una posible clave de lectura de la obra literaria protagonizada por personajes femeninos que escribió León durante su estadía en Buenos Aires.

Así pues, partiendo de la hipótesis que el exilio contado por mujeres encierra una visión particular sobre las significaciones del tiempo y del espacio, el siguiente estudio propone abordar las rutas del exilio en la escritora burgalesa. El análisis tomará como muestra dos libros dedicados por entero a la exploración literaria de personajes femeninos: *Las peregrinaciones de Teresa* (1950), un conjunto de relatos sobre las mujeres vinculadas con la guerra de España; y *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes* (1960), una biografía novelada que problematiza el papel de las mujeres en el exilio. Estos textos en conjunto ofrecen un recorrido por diferentes figuraciones femeninas conectadas entre sí por un mismo proyecto que pretende crear una sola imagen en la que todas las mujeres puedan encontrar algún rasgo que las represente. Es ésta una imagen global, incluyente, que resguarda los saberes adquiridos durante el viaje exílico sobre los misterios del tiempo, el espacio y la memoria.

2. *Las peregrinaciones de Teresa*

Las peregrinaciones de Teresa apareció en 1950 en Botella al Mar, un sello editorial dirigido por Luis Seoane, en el que el editor hispano-argentino apostaba por la publicación de escritores argentinos emergentes motivado por la singularidad literaria de estos. Su proyecto a largo plazo era reunir un catálogo de publicaciones novedosas capaces de forjar el canon literario de las próximas décadas. A este proyecto se sumó el interés personal de Seoane por incluir a sus compatriotas del exilio republicano. Junto con el libro de María Teresa León, Botella al Mar publicó *El ceñidor de Venus desceñido* (1947) de Rafael Alberti y *Canciones con hojas secas* (1952) de José González Carbalho (Costa, 2014: 12); decisión que muestra el anhelo de conectar a los escritores del exilio español con las nuevas generaciones de autores argentinos. No es casual, en este sentido, que *Las peregrinaciones de Teresa* haya aparecido en este sello editorial, teniendo en cuenta que se trata de una recopilación de relatos breves escritos en el momento de mayor interacción de la autora con el campo cultural bonaerense (Cappelli, 2020: 424).

Al emprender su camino exílico el primer cambio literario de León fue la renuncia al teatro y su consecuente consagración a la narrativa. Como explica Aznar Soler, la pérdida de la lucha republicana llevó consigo la pérdida de las condiciones de representación teatral, así como la lejanía del público al que estaban dirigidas sus obras (Aznar Soler: 1993). Una vez establecida en América Latina, la autora se decantará por los guiones cinematográficos, que serán su principal medio de subsistencia, al mismo tiempo que se dedicará a explorar una narrativa experimental situada entre el testimonio y lo fantástico.

Las peregrinaciones de Teresa es la segunda parte de una trilogía cuyo primer libro *Morirás lejos* (1942) comienza con un estilo realista. Los relatos que lo componen narran recuerdos nítidos sobre la Guerra Civil y las desventuras vividas durante La Retirada. A éste le sigue *Las peregrinaciones de Teresa* (1950) que se conecta con el propósito militante de divulgar en Argentina los estragos de la dictadura de Franco. En esta segunda entrega la estrategia literaria cambia y el realismo se mezcla con lo fantástico. Aparece, por último, *Fábulas del tiempo amargo* (1962) con un estilo marcado por la simbología y el hermetismo. Este tercer libro hace eco del gobierno de Perón, hostil con los refugiados, circunstancia que la obligará a abandonar Argentina junto con su familia en 1963 (Torres Nebrera, 1996: 105; Cappelli, 2020: 424).

Las peregrinaciones de Teresa muestra un momento intermedio en el que se hace presente una relación de contrapunto entre los recuerdos de lo vivido en España y las vivencias actuales en Argentina (Ochoa, 2007: 106). De este modo, el pasado dialoga con el presente trastocando los reparos identitarios, pues un “yo” habla a otro “yo” situado en tiempos y espacios distantes. Esta identidad dividida entre un antes y un después se fragmenta, a su vez, en una multiplicidad de versiones posibles. El mismo nombre de la autora, Teresa, se extiende hacia otras mujeres de diferentes edades y condiciones sociales. Como han apuntado los estudios sobre León, estas variaciones a partir de un mismo personaje femenino tienen en común la rebeldía de cara a

las convenciones sociales y la consecuente lucha por ocupar un lugar activo en la sociedad (Torres Nerbera, 1996: 109; González de Garay, 2009: 286; Castillo Robles, 2020: 52). Dice acertadamente Castillo Robles: “Todas las Teresas forman un solo personaje femenino con una única voz: la de la mujer de su tiempo” (2020: 54).

El cuento que abre el libro “Cabeza de Ajo” retrata dos generaciones de mujeres, madre e hija, con diferentes formas de conducirse, pero unidas por el temor de la Guerra Civil (González de Garay, 2009: 277). ¿Cómo es representado este terror cotidiano? Al respecto es interesante la focalización en la percepción de la protagonista, Cabeza de Ajo, y el soldado: “Escucharon. La noche estaba sin fecha, borrada por el miedo” (León, 2009: 139). El miedo que provoca la inminencia de la muerte anula las referencias temporales, por lo que la noche pierde su ubicación precisa en los recuerdos de la autora. Otro ejemplo, esta vez de la anulación del espacio, aparece en la siguiente descripción de Madame Pimentón: “Nadie conocía el domicilio fijo de su cuerpo y menos de su alma” (León, 2009: 170). La carencia de hogar es cubierta con un halo de misterio y el espacio físico condiciona la construcción de la identidad de la protagonista. En estos dos ejemplos, los recuerdos desfiguran la realidad, pero sin poner en duda la veracidad de ésta. Únicamente se borra la precisión de las coordenadas espacio-temporales, como en la mirada lejana y descentrada del camino exílico.

La percepción ilusoria de los espacios distantes es el elemento central de “La tía Teresa”, relato sobre una migrante española en América a quien su familia la imagina viviendo en la prosperidad económica. En la narración de León destaca la confusión entre la realidad y la ficción. Los objetos falsos con los que la familia la imagina configuran su identidad de forma tal que la tía Teresa termina siendo percibida como “flor y música”: “Nos figurábamos todas sus cartas, invistiéndola de un poder reluciente. Los mayores aseguraban que vivía en un palacio de cristal, entre músicas, y que ella misma era flor y música” (León, 2009: 219). Al final del cuento la tía Teresa vuelve sin la abundancia esperada. Enferma y pobre, pide ayuda de sus familiares, pero estos la rechazan al no encajar con la figuración que habían construido alrededor de ella. Así las líneas que cierran el cuento:

Mi madre y mis tías la vieron beber agua del pilón en el cuenco de la mano. Una paloma. Un mulo. Algunos perros. Silbó al can pulguiento que le olisqueaba el rastro, sacudió sus alpargatas abarquilladas. Murmuró, Dios sabe qué, y antes de las cinco de la tarde, la tía Teresa había vuelto a retirarse al reino de nuestra fantasía. (León, 2009: 225)

Llama la atención la última frase, en la que la migrante se concibe como parte de la fantasía y no como una historia real de familia. Las historias de familia son de gran importancia para los exiliados, puesto que en ellas reside su pasado. Estas son atesoradas y como tales son transmitidas a sus hijos con la esperanza de que permanezca viva la historia de su clan. Con la tía Teresa, sin embargo, se pierde este proyecto, pues su recuerdo se convierte en una imagen literaria.

En el libro los recuerdos anteriores al exilio son concebidos como ficcionales. Estos tienen un contexto histórico reconocible y una ciudad concreta: Madrid durante la Guerra Civil, pero están llenos de detalles misteriosos. Como la aventura en el jardín en “Primera peregrinación de Teresa” en la que la adolescente aparece “envuelta en el velo negro de la religiosa, con las manos en alto, llegando desde su noche extraña de la cual se había caído un grito y aquel velo” (León, 2009: 155). También está el caso contrario en el que la ficción enmascara la realidad en “El noviciado de Teresa” que trata de revelaciones místicas, misma que, por definición, van más allá de la razón y no se espera que retraten la realidad. Sin embargo, la visión que experimenta Teresa es una cruda descripción de los horrores de la guerra:

Dentro de las riquezas de los sueños se movía la recién llegada a la sombra del ropaje abacial, cuidando de no pisarlo, aterrada de arrancar aquel manto y aquel secreto que marchaba delante de su vista. Todo ese misterio profundo del que conviene no hablar: niños muertos, ropas vacías, flores abandonadas, charcos de olvido iban apareciendo ante Teresa sin que nadie le defendiera los ojos. (León, 2009: 186-187)

La revelación de Teresa es misteriosa, no porque trascienda los límites de lo racional, sino porque es la manifestación de un tema evitado por los testimonios.

Comentaremos, por último, el cuento “Los otros cuarenta años” donde los cuestionamientos sobre la identidad van de la mano del viaje exílico. La vejez, consecuencia natural del devenir temporal, se enfrenta con desconcierto en el contexto específico del destierro. La mujer que narra esta historia, Teresa, se ve reflejada en su imagen exílica y desconoce hasta su propio nombre:

Calló el Tiempo. Volvió a mirarse en el agua y se vio tan lejos que le pareció que había gritado: ¡Teresa!, llamándose. Pero no había gritado su nombre sino otro nombre. Como era el nombre que desde hacía tantas

mañanas repetía, casi no lo oyó, pues era a sí misma a quien llamaba en él. Pero los ecos llevaron el nombre adelante con su carrera de sonido perfecta y el que huía sin saberlo se detuvo: “¿Oyes? Parece que te están llamando. -No, no será el rumor de cualquier arbolillo burlón”. Y siguieron andando. (León, 2009: 215)

En este cuento la autora emprende una lucha contra el “Tiempo”, escrito con mayúscula. El mayor conflicto con el tiempo no es la llegada de la vejez en sí misma, sino el hecho de que los años transcurridos estén condenados al olvido, pues la memoria sin espacio y tiempo fijo comienza a flaquear borrando la propia identidad (Torres Nebrera, 1996: 105). A este temor de ser olvidado se suma la desesperanza de no saber cuándo terminará, si es que terminará algún día, el viaje exílico. A continuación, el pasaje entero:

¿Volveré a encontrar el camino de mi casa? ¿Será mi casa? Y si me voy ¿quién conoce como yo sus grandes pequeñas manías? Y si me muero, ¿quién sabe bien el pliegue de mi hombro para ceñirme la mortaja? ¿Qué cansancio! ¿Volveré? No, no volveré. Me han roto por la mitad. ¡Ochenta años! ¡Yo voy a vivir ochenta años! ¿Y cómo se viven cuarenta años más interminables? Tendré que conocer otras voces, habituarme a otras costumbres...

¡Ah, pobre Teresa, con lo a bien que estabas tú con la vida! Pero es fácil dejarla en la corriente de un río como quien deja una tarjeta de visita para que nos recuerden. Dicen que los ríos van a dar al mar. ¡Pobre, pobre Teresa, pobres, pobres infinitas Teresas engañadas! Yo me voy hacia la alta, alta mar de mi muerte. (León, 2009: 215)

Si bien el relato cierra con las “infinitas Teresas engañadas”, abriendo la voz individual hacia todas las mujeres en el exilio, es este uno de los fragmentos en los que la autora habla de sí misma de forma más transparente. Las mismas inquietudes a propósito del final del viaje exílico reaparecerán en *Memoria de la melancolía*, publicado por primera vez en 1970:

Estoy cansada de no saber dónde morirme. Esa es la mayor tristeza del emigrado. ¿Qué tenemos nosotros que ver con los cementerios de los países donde vivimos? Habría que hacer tantas presentaciones de los otros muertos, que no acabaríamos nunca. Estoy cansada de hilarme hacia la muerte. Y sin embargo, ¿tenemos derecho a morir sin concluir la historia que empezamos? ¿Cuántas veces hemos repetido las mismas palabras, aceptando la esperanza, llamándola, suplicándola para que no nos abandonase? (León, 1998: 97)

Así pues, las rutas del exilio están pobladas de formulaciones literarias sobre el paso del tiempo y sobre la significación de los espacios. Éstas trastocan la percepción de las vivencias poniendo su veracidad en entredicho. Acechan las dudas de si los recuerdos fueron vividos o inventados; si los espacios corresponden con su representación en la memoria; o si las experiencias actuales son percibidas de la misma forma que los habitantes locales. De estos conflictos surge el diálogo entre la realidad y la fantasía que permea todos los relatos y que hace de *Las peregrinaciones de Teresa* un libro por demás original cuyo encuadre fantástico-realista proviene de los conocimientos adquiridos durante el exilio en voz de una mujer exiliada

3. Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes

La biografía novelada *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes* se publicó en 1960 en Losada, emblemática editorial conocida por su apoyo a los autores del exilio español. Tras la ruptura con su casa matriz en España, Espasa Calpe, cuando ésta decidió vetar a los autores enemigos del régimen franquista, Losada se reconstruyó como editorial independiente y fungió como plataforma para la difusión en Hispanoamérica de grandes escritores del exilio, entre los que se encuentran Federico García Lorca, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti, María Zambrán, y María Teresa León (Larraz, 2016).

El aliciente que llevó a la autora a escribir sobre la esposa del Cid es aquel de dar voz a un personaje femenino descuidado por la historia que también vivió en el exilio. Hablar del exilio de doña Jimena –con las reflexiones atemporales que éste conlleva– podría dar visibilidad a todas las mujeres exiliadas cuyas historias quedaron en el olvido, puesto que parecería no necesitar una consignación histórica el papel pasivo de acompañante con el que tradicionalmente se asocia a la mujer en los fenómenos exílicos. Frente a la injusticia de esta percepción, León decide rinde un homenaje a las mujeres exiliadas junto con sus peripecias cotidianas que, lejos de ser insignificantes, nutren la historia colectiva que será hereda a las siguientes generaciones. No sin mostrar su inconformismo de cara a la falta de valoración de las mujeres en las rutas exílicas, en *Memoria de la melancolía* la autora hablará de necesidad de explorar el exilio en clave femenina:

En esta dispersión española le ha tocado a la mujer un papel histórico y lo ha recitado bien y ha cumplido, como cumplió Doña Jimena, modesta y triste. Algún día se contarán o cantarán las pequeñas historias, las

anécdotas menudas, esas que quedan en las cartas escritas, a veces, por otra mano, porque no todas las mujeres españolas saben escribir... Y se contará la pequeña epopeya diaria, el heroísmo minúsculo de los labios apretados de frío, del hambre, de los trabajos casi increíbles. (León, 1998: 430)

A diferencia de doña Jimena, el Cid cobró una presencia importante en la Guerra Civil y en los primeros años del exilio republicano. Por diferentes motivos, esta historia épica fue retomada por ambos bandos. Los escritores republicanos vieron en el Cid la nostalgia por la patria perdida y el acto heroico de reivindicar las injusticias. Por el contrario, los autores franquistas lo retomaron como ejemplo de la defensa del orden social y el servicio al Estado (Castillo Robles, 2013: 23). Sin embargo, usado tanto por franquistas, como por republicanos, el Cid conserva sus características principales, de superviviente del exilio y de defensor del Estado, puesto que se trata de una imagen consagrada. Esta situación es diferente en el caso de la historia de doña Jimena. Castillo Robles ha estudiado con minucia las variantes literarias de las que ha sido objeto la mujer del Cid. Al haber sido apenas esbozados, los personajes femeninos de la literatura épica adquieren con facilidad los cambios ideológicos de las épocas en las que son reescritos. Es por esto que, mientras que el Cid conserva intactos los valores que lo definen, doña Jimena cobra nuevos matices vinculados con el tiempo presente y con el contexto específico de su autor (Castillo Robles, 2013: 21).

No sorprende, por lo tanto, que al escribir la biografía de doña Jimena León tienda puentes entre la historia medieval y su propia condición exílica (Da Costa, 2011). En relación con la tradición épica la autora profundiza en las preocupaciones que en esa época tendrían las mujeres exiliadas, como la soledad, la falta de poder en la organización social y la condena a la inmovilidad. Doña Jimena padece estas circunstancias, pero su sentir personal entra en conflicto con los valores feudales que asignan una función concreta a cada individuo. La rebelión de doña Jimena en contra de las constricciones sociales no sería posible en este contexto. Sin embargo, su postura inconformista le otorga la fuerza necesaria para emprender un camino reflexivo más sutil en el que ella descubre aspectos cruciales sobre sí misma, sobre la sociedad en la que vive, y sobre las significaciones del exilio.

Veamos a continuación algunas de las reflexiones de doña Jimena sobre el espacio, el tiempo y la memoria. La protagonista se da cuenta de la compleja relación con los espacios que tienen lugar en el exilio. Partir sin fecha de retorno clausura lugares que forman parte de la vida cotidiana. “¡Ay, pena amarga de los desterrados que no pueden regresar por ninguna cosa que se les olvidó!” (León, 1960: 25), exclama doña Jimena, pues de un momento a otro queda anulada una acción tan simple como la de volver por algún objeto que se dejó atrás. El exiliado tiene, entonces, que llevar toda su casa a cuestas, y debe conformarse con unos pocos objetos cuya carga simbólica le ayude a conservar su identidad y su historia. Doña Jimena también se da cuenta de que la noción del tiempo cambia en el exilio. Calendarizar el pasado o planear el futuro se vuelve imposible en un viaje del que se desconoce su duración. Para mostrar este descubrimiento León crea imágenes sugerentes como “los meses, distraídos con sus días, pasan” (León, 1960: 27), alusión al devenir temporal indiferenciado; o como la siguiente descripción de los ojos de doña Jimena anclados exclusivamente a los recuerdos de un pasado anterior al exilio: “los ojos de Jimena, abiertos sólo a su angustia, pues la soledad obliga a vivir sin mañana, cubiertos por el ayer...” (León, 1960: 44). En esta confusión de las secuencias temporales entra en juego la noción de memoria. Con una mirada obsesiva hacia el pasado, los recuerdos se convierten en la única prueba de las experiencias vividas: “¡Oh, retazos del tiempo adormilados, qué pena dais al corazón! Jimena quisiera dejar a un lado el alma llena de memorias y aprieta los labios para no dejar escapar su pensamiento” (León, 1960: 94). Así, León plantea que la memoria del exiliado queda colgada del tiempo sin referentes físicos que la sustenten.

Otro aspecto que llama la atención en este libro son las indagaciones a propósito del papel esperado de la mujer en el exilio. La mujer, obligada a permanecer en segundo plano, debe apoyar las decisiones tomadas por su compañero, como seguirle en el viaje o esperarle, según él lo decida. Con doña Jimena la autora, no sin un guiño de ironía, lleva este papel de acompañante al extremo de transpolar la inmovilidad física en inmovilidad intelectual. Los pensamientos de una mujer buena deben permanecer inmóviles, mientras que su esposo decide cómo continuará el viaje. Esta idea aparece primero en la representación de la protagonista:

Doña Jimena contestó que no iría. No, no irá. El trajín del viaje aventaría sus pensamientos. ¿No ha prometido aguardar quieta y en calma? Pues así, quieta quedará y todo dentro de sí como lo dejó el Campeador. No es decente para una mujer honrada que el marido al volver encuentre los pensamientos de su esposa cambiados de lugar como hacen los volubles pájaros. (León, 1960: 32)

Y enseguida aparece este pasaje que habla de todas las mujeres que padecen el exilio como una condena a la inmovilidad, misma que resulta paradójica, puesto que por definición el exilio implica permanecer en continuo movimiento:

Están muy juntas, para apoyar una en otra su dolor y bajo los monjiles sucios de las más viejas y sobre el pecho de las jóvenes se derrama ese halo de soledad que dejan en los seres humanos las noches heladas, con sombras en las cuatro esquinas del cuadrado de los recuerdos. (León, 1960: 46)

Transpolar el exilio femenino a la exigencia de quietud en sus pensamientos no es una simple exageración que denuncia el papel esperado de las mujeres, ni mucho menos una construcción literaria inocente. Esta formulación deja entrever que la inclusión de la mujer en la sociedad comienza por la liberación de su pensamiento. La reflexión cotidiana y los saberes adquiridos durante los años de exilio son un primer paso en la renuncia a las constricciones sociales. Es un camino individual que explica la respuesta, escandalosa en el contexto medieval, de una doña Jimena madura: “-¡Basta! -gritó Jimena-. ¡Basta! -Digo que basta, porque vosotros, los caballeros vivís y nosotras apenas respiramos, solas, muriendo” (León, 1960: 91).

Sin embargo, a pesar de estas tentativas de alcanzar su libertad, la vejez que León imagina para doña Jimena está invadida por la desesperanza. Como en “Los otros cuarenta años” y en *Memoria de la melancolía*, el paso del tiempo en el exilio se topa con un estado fantasmal en el que tanto el pasado como el futuro quedan desprovistos de sentido.

Jimena montó el corcel más difícil, el de sobrevivirse. Vagaba algo más que una sombra por los palacios valencianos; los recorría el deber. ¿Cuánto duró la fatiga de esta triste manera heroica de no morir? Tres años. (León, 1960: 165)

La motivación de la lucha y de la reivindicación por medio de la justicia pierden todo su sentido al final del viaje exílico. “¡Qué rara fragancia hubo en esta melancolía de sobrevivir!” (León, 1960: 174) dice León al final de la vida de doña Jimena. Sus personajes coinciden en este fin trágico de soledad y desesperanza. Como Menesteos en *Marinero de abril*:

Estaba el anciano con su soledad al pie, apretando los terrones en círculo para defender sus últimos huesos de hombre contra los insectos que comen la carroña. [...] No se contaba su historia ni en los momentos de descanso, porque la fatiga le hacía olvidar que había atravesado los límites y llegado allá donde están unidas las respuestas del hombre en una sola. (León, 1972: 126)

Tarde o temprano el exilio se topa con la realidad del olvido y de la no pertenencia. La única puerta de esperanza que abre la autora consiste en la reivindicación del exilio en clave femenina. La sabiduría de sus personajes femeninos demuestra que las coerciones sociales a las que son sometidas las mujeres no inciden en los límites de su pensamiento y que en todas las épocas siempre hay un espacio para la rebeldía.

4. Conclusiones

En la obra de León el exilio en clave femenina se aleja de los lugares comunes con los que a éste se le asocia como el de lo privado, lo cotidiano, los formatos de escritura simples, cartas, diarios, relatos orales, etc. Por el contrario, la autora burgalesa se decanta nada menos que por la épica y por la narrativa experimental. Ella reconoce los modelos habituales de la transmisión de historias de las mujeres exiliadas. Estos se deben a sus circunstancias biográficas, así como a las constricciones sociales que las vetan de las esferas públicas. Ahora bien, si el exilio femenino encuentra su expresión en pequeños formatos de la vida cotidiana, estos no son más que una condición en la que se producen las historias del destierro. El exilio femenino contado por autores como León esconde un saber especial que debe ser difundido. De esta forma, la autora apuesta por esta perspectiva y destaca elementos cruciales, por demás alejados del mundo hogareño, entre los que destaca la visión no lineal del paso del tiempo, así como la subjetividad en la percepción de los espacios habitados.

León propone configurar una imagen universal de lo femenino capaz de retratar a todas las que, como ella, llevaron el exilio a costas. Esta “mujer única” se construye a partir de una pluralidad de historias que se conectan y se confunden entre sí. Por ejemplo, las Teresas del relato “Los otros cuarenta años”, doña Jimena y la voz autobiográfica de *Memoria de la melancolía* convergen en la soledad y la desesperanza que acecha al final del viaje exílico, pues los personajes de León no se salvan mágicamente del componente amargo del destierro. De este modo, lo femenino es una figuración abarcadora, pero no por esto absoluta, sino, más bien,

fragmentaria cuyo fundamento se encuentra en la realidad tambaleante a partir de la cual los exiliados no tienen más remedio que intentar reconstruirse.

El inconformismo de la mujer frente a las normas sociales, tema por demás arraigado en los ideales de la autora, también es parte de la complejidad de su mundo literario. Las mujeres de su obra actúan en consecuencia con su contexto histórico y social, de forma tal que, como doña Jimena, no siempre salen bien libradas. Su rebeldía se esconde en otra parte. Esta consiste en la ruptura de los límites del pensamiento gracias a la cual el recuerdo se confunde con la fantasía. Las rutas femeninas del destierro, por lo tanto, no siempre coinciden con desplazamientos reales, sino que se transitan en un espacio imaginativo que sortea la inminencia del olvido de la mano de los saberes adquiridos durante el tránsito incierto del exilio.

Referencias bibliográficas

- Aznar Soler, Manuel (1993), "María Teresa León y el teatro español durante la guerra civil", *Anthropos*, vol. 148, 1993, págs. 25-34.
- Cappelli, Federica (2020), "Nuestras horas sin regreso: el exilio en los cuentos argentinos de María Teresa León", *Orillas. Revista d'Ispanística*, 9, 2020. págs.421-431.
- Castillo Robles, María José (2013), "María Teresa León y doña Jimena, mujeres de España", *Philologica Urcitana*, vol. 9, septiembre de 2013, págs. 17-41.
- , ----- (2020). *María Teresa León, crítica literaria: Feminismo y compromiso político*. Almería: Edeal.
- Costa, María Eugenia (2014), "Luis Seoane y el arte de editar: Rescate de Botella al Mar", III Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas, 8, 9 y 10 de octubre de 2014, La Plata, Argentina, en *Memoria Académica*. Disponible en: https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.7440/ev.7440.pdf
- González de Garay, María Teresa (2009), "María Teresa León: peregrina en su patria", en Ángeles Encinar y Carmen Valcárcel (eds.). *Escritoras y compromiso. Literatura española e hispanoamericana de los siglos XX y XXI*. Madrid: Visor, págs. 273-289.
- Da Costa Silva, Gisele Aparecida (2011), "Las memorias de María Teresa León en el exilio argentino", II Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, La Plata. Disponible en: <https://www.aacademica.org/000-042/10>
- Estébanez Gil, Juan Carlos (1995). *María Teresa León: estudio de su obra literaria*. Burgos: La Olmeda.
- Herrera Barba, Ana (2016), "La figura de María Teresa León desde el olvido", *Sur. Revista de literatura*, núm. 7, 2015-2016. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5988072>
- Larraz, Fernando (2016), "Guillermo de Torre y el catálogo de la editorial Losada", *Kamchatka*, vol. 7, 2016, págs. 59-69.
- León, María Teresa (1960). *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes*. Buenos Aires: Losada.
- , ----- (1972). *Menesteos, marinero de abril*. Barcelona: Seix Barral
- , ----- (1998). *Memoria de la melancolía*. Madrid: Castalia.
- , ----- (2009). *Las peregrinaciones de Teresa*. Edc. e intr. de María Teresa González de Garay. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- Marcillas Piquer, Isabel (2007), "María Teresa León: la intrahistoria con alma de mujer", artículo inédito. Disponible en: <https://hdl.handle.net/10045/2070>
- Martínez García, Ana (2014), "La dimensión femenina en los textos de María Teresa León", *Analecta Malacitana*, vol. 37, 2014, págs. 135-152.
- Muñiz-Huberman, Angelina, (1999). *El canto del peregrino*. México: UNAM/GEXEL.
- Ochoa, Debra J. (2007), "Memory and Exile in María Teresa León's *Las peregrinaciones de Teresa*", *Letras Hispanas*, vol. 4, núm. 1, 2007, págs. 158-169.
- Rodrigo, Antonina (1996). *Mujeres para la historia: la España silenciada del siglo XX*. Madrid: Compañía Literaria.
- Torres Nebrera, Gregorio (1996). *Los espacios de la memoria. La obra literaria de María Teresa León*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- Varela, Julia (2011). *Mujeres con voz propia: Carmen Baroja y Nessi, Zenobia Camprubí Aymar y María Teresa León: análisis sociológico de las autobiografías de tres mujeres de la burguesía liberal española*. Madrid: Ediciones Morata.
- Vosburg, Nancy (2005), "El tapiz de una vida feminista: María Teresa León (1903-1988)", en Lisa Wollendorf (ed.). *Literatura y feminismo en España (ss. XV-XXI)*. Barcelona: Icaria, págs. 241-256.
- Zambrano, María (1947), "A propósito de Grandeza y servidumbre de la mujer", *Sur*, vol. 16, 1947, págs. 58-68.